

VIAJE ALREDEDOR DE LOS
La República pinto

El actual rey de Gran Bretaña, Jorge V, fué, cuando era príncipe, del príncipe.— Un baile célebre.— Doña Guillermina Oliveira César durante tres meses y medio.— Un decreto de Avellaneda.— El Congreso odio contra Rosas.— Psicología del barrio de los

P o r J U A N J O S E

El Rey de la Gran Bretaña

Hace cincuenta años — me escribe una gentil señora de Belgrano — *vivió en nuestra parroquia un jovencito rubio que, durante quince días, enloqueció de amor a todas las niñas de mi tiempo. Actualmente es rey de una de las naciones más potentes del orbe. Me refiero a S. M. británica Jorge V, padre del príncipe de Gales y del príncipe Jorge, que pronto serán huéspedes magníficos de nuestra Capital. ¿No cree usted interesante desempolvar de sus archivos los detalles de la permanencia de ese príncipe azul? ¡Era tan bello!*

En efecto. El actual rey de la Gran Bretaña llegó a Buenos Aires, como regio presente de Año Nuevo, en los primeros días de enero de 1881. Hospedóse en Belgrano, en la residencia de la distinguida familia de Favier. El hoy monarca no era todavía príncipe de Gales, pues su padre poseía en ese entonces dicho título. Usaba simplemente el título de duque de York y vestía el sencillo uniforme de cadete de la escuela

naval de Inglaterra. Era, en realidad, muy jovencito. Acababa de cumplir diez y seis años, pero, por su aspecto de muchacho criado a la intemperie, parecía tener de veinte a veintidós. Lo acompañó en su viaje, que era de instrucción alrededor del mundo, su hermano menor, el duque de Clarence, también guardiamarina. Ambos se instalaron con sus servidores en la casa de la señora de Favier. La quinta era pintoresca por encontrarse frente a las Barrancas, donde existían entonces dos piletas de baño. El edificio subsiste aún, calle 11 de Septiembre 1990, esquina Echeverría, sin que haya sufrido ninguna reforma arquitectónica. Conserva sus columnas, sus verjas, sus ventanales, su vestíbulo, tal como cuando la ocuparon los príncipes ingleses. La casa de Favier era la más suntuosa para aquellos instantes de pobreza heroica en que Avellaneda había dicho al país:

— *Es necesario ahorrar sobre el hambre y la sed.*

Un baile célebre

Durante quince días, el jovencito rubio enloqueció de amor a todas las niñas de mi tiempo. . .

Me imagino la influencia del príncipe galante sobre los ingenuos y deliciosos vestidos de percal. El duque de York era nieto de la reina Victoria e hijo del que fué más tarde Eduardo VII. Había heredado de su abuela el amor a la gracia y de su padre la gracia del amor. Su presencia

fué para Buenos Aires una fiesta nupcial; fué la fantástica realidad de un cuento de Andersen con música de Mendelssohn. Era la primera vez que un príncipe de prosapia tan pura desembarcaba de las nubes en el muelle del Bajo. Además de príncipe, el duque era joven, alegre, bonito, juguetón, bailarín, deportista; vale decir: inglés.

“A los diez y seis años — nos refiere su biógrafo, — *jugaba a las muñecas con sus*

BARRIOS DE BUENOS AIRES

resca de Belgrano

vecino de este barrio, en 1881.— Las niñas de Belgrano se enamoran de Wilde. — Sus recuerdos. — Belgrano, capital de la República de Belgrano. — Las tertulias del Decamerón. — Belgrano nació del niños limpios. — El barrio de la buena salud.

DE SOIZA REILLY

amiguitas, y al día siguiente, a bordo de la nave donde militaba de cadete, mantenía peleas a trompis con los marineros. Más de una vez regresaba del barco, a jugar otra vez con sus compañeritas, ostentando un ojo magullado por los golpes boxísticos”.

Todas las tardes, las chicas más distinguidas de Belgrano acudían a verlo. Al principio las detenía la severidad del protocolo, pero después el propio príncipe quebrantaba las normas de palacio bajo la desesperación diplomática del ministro británico Rumboldt Barth, que, a cada momento, le gemía al oído:

— Contenga su entusiasmo, monseñor. ¡Vuestra alteza es un príncipe!...

— ¿Y ellas? ¿Qué son? ¡Princesas encantadas, ministro!

El príncipe no hablaba en español. Se hacía comprender en el idioma de la primavera.

El 4 de enero de 1881 la sociabilidad de Buenos Aires obsequió con un baile estu-
pendo al futuro gran rey. Todas las selecciones de la raza estaban allí. La primera niña elegida por el propio príncipe para iniciar el baile fué una señorita

una belleza exquisita e histórica: Guillermina Oliveira César, esposa más tarde, de don Eduardo Wilde.

(Ahora, en los jardines de su refugio espiritual, la bella y virtuosa dama vive voluntariamente de añoranzas).

— Recuerde, señora. Reviva...

— ¡Vaya si recuerdo! Como si fuera ayer. Cuando el duque de York entró en el recinto de la fiesta acompañado de su hermano el duque de Clarence y del ministro británico, sir Horace Rumboldt Barth, el salón era una preciosa joyería de muchachas bonitas. El duque, hoy Jorge V, llegó con el ceño fruncido. Cara de Viernes Santo. “Debe ser — nos decíamos todas — una costumbre palaciega. Se le exige, sin duda, un aire filosófico de príncipe de Shakespeare”. Al comienzo pensamos que aquel marinerito de ojos tan azules se aburriría en el baile. Tocaron el “Himno Nacional”. En seguida, el “God save the King”. El príncipe recorrió con los ojos las caras de las niñas. ¡Elegia!... De pronto me miró. Yo temblé. Habló con su edecán; luego, con Roca. El general lo trajo a mi presencia. ¡Viera usted qué susto! El príncipe me rogó en francés que bailara con él. Pero antes tuvimos que dar una vuelta triunfal por el salón, bajo las ovaciones de la concurrencia. ¡Qué noche de “Las mil y una noches”! ¡Qué noche feliz y desdichada! Fuí princesa sin serlo...

El orgullo patriótico

El barrio de Belgrano — nos lo dice la historia, — gozó, por espacio de tres meses y medio, el orgullo de ser Capital Federal de la República Argentina.

¿Qué otro barrio de nuestra metrópoli

puede jactarse de gloria parecida? Cada rincón de Buenos Aires tiene, como la Roma de los Césares, sus glorias domésticas y sus dioses penates.

Belgrano cuenta en sus fastos famosos este decreto olímpico:

DECRETO

No pudiendo los poderes de la Nación funcionar con seguridad y libertad en la ciudad de Buenos Aires, mientras dure el estado de insurrección en que la coloca, el Gobernador de esta provincia,
El Presidente de la República,

Acuerda y decreta:

Artículo 1º — Designase el Pueblo de

Belgrano para residencia de las autoridades de la Nación.

Artículo 2º — Comuníquese esta resolución al Honorable Congreso y Suprema Corte de Justicia, para su conocimiento.

Artículo 3º — Los ministros expedirán las órdenes necesarias para la ejecución de este decreto.

Avellaneda

Junio 4 de 1880.

Las tertulias del ostracismo

LA revolución de Tejedor obligó al presidente Avellaneda a refugiarse en Belgrano con sus ministros, con sus diputados y con sus senadores. El único sobreviviente de esa etapa gloriosa es el doctor Felipe Yofre, ilustre repúblico que ha narrado en un libro — "El Congreso de Belgrano" — las emociones y las peripecias que hicieron del barrio más pintoresco de Buenos Aires la capital de la República.

"La salida del presidente Avellaneda — escribe el doctor Yofre — sorprendió al doctor Tejedor, quien, para evitar que pudiera constituirse el Congreso, hizo vigilar las casas de los congresales. Estos, sin embargo, consiguieron escapar, saliendo por calles excusadas hasta el río, donde algunos tomaban botes o lanchas que los llevaban a Belgrano"...

Una vez en Belgrano, cada cual se hospedó como pudo. Una dama, la señora Josefa Calvo, improvisó una casa de pensión frente a la plaza. Actualmente existe en el mismo edificio, calle Echeverría 2292, un despacho alemán de cerveza. "Las camas — agrega el doctor Yofre — eran catres de lona, algunos con colchón, otros sin nada. Nos alumbrábamos con velas. El presidente Avellaneda, en vez de su hermosa cama de jacarandá de su dormitorio de la calle Moreno, tenía una humilde camita de fierro. De su hermosa biblioteca llevó solamente a Belgrano un libro: "El arte de hablar", de Hermosilla..."

Belgrano era entonces muy triste, con las arboledas sombrías de sus calles desiertas, con sus quintas enormes, ocupadas casi todas por familias británicas. Carlos Pellegrini, ministro de la Guerra del doctor Avellaneda, bautizó al pueblo con un nombre que duró mucho tiempo:

— Cementerio de los Ingleses.

Las calles carecían de empedrado. Eran cenagosas. A las siete de la tarde se cerraban las puertas con tranca y "¡Abur! ¡Buenas noches!" El Congreso celebraba sus sesiones en la municipalidad, cuyo edificio es el mismo que está frente a la plaza. En la otra acera, donde se levanta la casa colonial del insigne maestro don Enrique Larreta, existía el Bar Warzon, refugio de los trasnochadores. "En cuanto a diversiones para pasar la noche de aquel invierno lluvioso y horriblemente frío — confiesa el doctor Yofre, — sólo podíamos disponer de la conversación, de los naipes o de las experiencias espiritistas que nos hacía don Rafael Hernández, vecino de Belgrano y hermano del autor de "Martín Fierro". Hernández era un médium notable"...

Se reconstruye con la imaginación el ostracismo de aquellos grandes hombres, instalados allí para salvar la dignidad de las instituciones. Era una especie de Decamerón, en que damas y caballeros platicaban con los espíritus astrales, para olvidar, como en Florencia, el horror de la peste. Para completar la imagen que se me ocurre del Decamerón, será suficiente transcribir algunas líneas que Paul Grousac, en su libro "Los que pasaban" (página 21 y siguientes), consagra a esas tertulias: "¡Cuántas veces Pellegrini, Del Valle y Cané evocaron en mi presencia aquellos días ya remotos de Belgrano; días siempre irisados por la ilusión! Recordaban, sobre todo, a una encantadora ministríta, blanca y sabrosa como la carne de sus chirimoyas salteñas, y que, bien lo sé yo también, encerraba un ritmo de gracia en el menor ademán, hasta en su tonada provinciana... Ha muerto la encantadora; han muerto los encantados; y si alguno sobrevive, será para suspirar una vez más

Juan José de

la queja milenaria de las generaciones que dice lo breve de las únicas horas dignas de vivirse”.

¡Linda debió ser la ministrita para que el fuego incendiara como yesca el mármol apolíneo de Groussac!

Belgrano nació del odio contra Rosas

EN la fundación del pueblo de Belgrano tuvo su buena parte constructiva el odio contra Rosas. Entre los persas, cuando un sátrapa caía en el oprobio o en el desamor de sus conciudadanos, éstos, ingenuamente, quemaban de raíz hasta el último recuerdo de su soberano. Sobre los escombros ponían un ladrillo que decía:

— *Aquí no nacen flores.*

Cuando Rosas cayó, sus adversarios, para purificar las tierras agresivas del despota, fundaron de inmediato poblaciones lustrales. Los campos donde hoy se encuentra el barrio de Belgrano, se conocían hasta 1852 con el nombre turbio de “Alfalfares de Rosas”. Allí pacían en copiosas recuas los asnos y caballos cimarrones del Restaurador. Y de allí Rosas mandó sacar, para la construcción de su palacio de Palermo, “miles de carradas de tierra negra — como dice Jorge Luis Borges en su admirable “Evaristo Carriego” — traída

de los “Alfalfares” para nivelar y abonar el suelo arcilloso, hasta que el barro de Palermo y la tierra ingrata se conformaran a su voluntad”.

Caído Rosas, el gobierno de la liberación fundó en los “Alfalfares” el pueblo de Belgrano, primer barrio que se hizo en Buenos Aires por decreto oficial. Nació, pues, de una ley del estado — 3 de agosto de 1857, — en la que se fijaron los límites de la población, “cuyo ejido — según el erudito historiador Manuel Bilbao — debía ser una legua a todo viento de la plaza principal, remontándose, previa tasación, los terrenos municipales y arrendándose los que no se vendiesen”.

Los triunfadores se disputaron a precio de oro las parcelas de la tierra rosista. Un furor sagrado dividió esa zona con premura de fiebre. Era necesario borrar con edificios, con calles y con luces la sombra del tirano... (En las barrancas hay una estatua de la Libertad).

Psicología de Belgrano

BELGRANO ha sido también, desde hace muchos años, una república sentimental por la idiosincrasia de sus habitantes y por el amor patriótico que le guardan sus hijos.

— *¿De qué país es usted?* — preguntaron a Jorge Newbery en la aduana de Londres para extenderle un pasaporte.

— *De la República Pintoresca de Belgrano* — repuso muy serio el heroico paladín de los aires. Nadie lo puso en duda.

En realidad, Belgrano puede considerarse la Capital de los deportes en la República Argentina. Es el barrio de la buena salud. Todos los niños, apenas nacen, ya se dedican en pañales a jugar al golf, al tenis y a las diversiones deportistas de origen inglés. Además, no hay chico de Belgrano que no conozca la historia universal de los caballos de carrera. Belgrano es el barrio que posee los niños más limpios, los carreristas más sabios y las calles más hermosas del mundo.

Diversos escritores de esta parroquia han

hecho libros sobre su república; libros que irradian un reflejo fiel de su psicología. El malogrado Ricardo Tarnassi publicó dos tomos: “Belgrano de antaño” y “Recordar es vivir”. El profesor Manuel G. Conforte acaba de editar su “Belgrano anecdótico”. Félix Lima ha creado la literatura del Bajo Belgrano. Ponsatti es autor de otro libro. Son obras interesantes a través de cuyas páginas se advierte un intenso amor por el terruño. La existencia de esta barriada progresista se vincula a la vida de grandes personalidades del país que se destacaron en la política, en el arte, en la banca, en las letras y en el periodismo. Por lo demás, Laureano J. Oliver y Joaquín Sánchez hicieron de Belgrano el paraíso municipal que enorgullece a todos los vecinos.

— *¿Qué diferencia encuentra usted entre Buenos Aires y Belgrano?* — preguntó un amigo al benemérito y tesonero periodista local don Enrique W. Burgos.

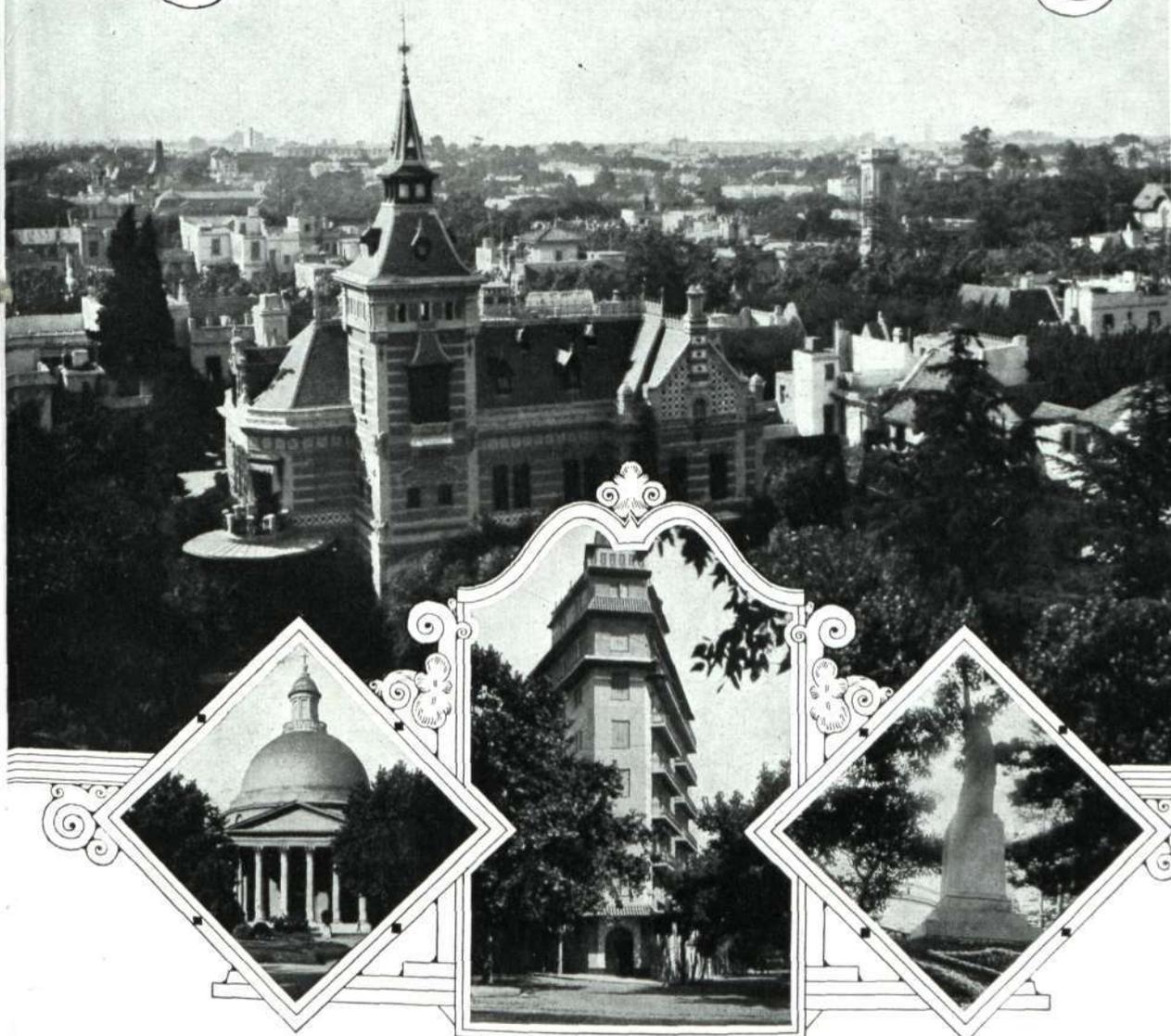
— *Buenos Aires* — contestó — *es la mitad del mundo y Belgrano es la otra mitad.*

Loiza Reilly

Viaje a través de los barrios de Buenos Aires
La República
pintoresca de Belgrano

Por **JUAN JOSE DE SOIZA RELLY**

En 1880, el Presidente Avellaneda decretó que el barrio de Belgrano fuera la única Capital de la República Argentina.



La histórica iglesia parroquial, orgullo de los feligreses y de la arquitectura.

"El Barco" — rascacielo de la esquina Juramento y Zavalia, — en cuya torre todas las noches se enciende un poderoso foco para los navegantes.

La estatua de La Libertad, copia de la de Nueva York, que dirige el tráfico desde las barrancas.



Dr. Dardo Rocha.



General Lucio V. Mansilla.



Roberto J. Payró.



Diego Fernández Spiro.



Carlos Rodríguez Larreta.



Jorge Newbery.



José Hernández.



Rafael Hernández.



Doctor Antonio Tarnassi.



Nicolás Mihano-vich.



Salvador Benedit.



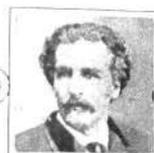
Ángel Carranza Marmol.



Jorge Atucha.



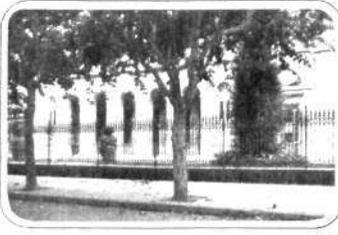
William Paats.



Manuel Bilbao (padre).



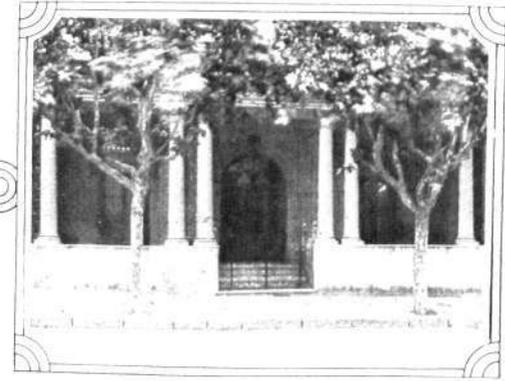
Casa donde en 1880 vivían los diputados y senadores — hoy cervecería alemana, — Echeverría 2292.



La Municipalidad, donde funcionó el Gobierno nacional en 1880.



Vista panorámica de Belgrano de dos mil habitantes: actual



La casa de Favier donde en 1881 se hospedó el actual rey de la Gran Bretaña, Jorge V, cuando aun era cadete naval.



Calle Arcos, cuya hermosa arboleda se repite en casi todas las calles del magnífico barrio.



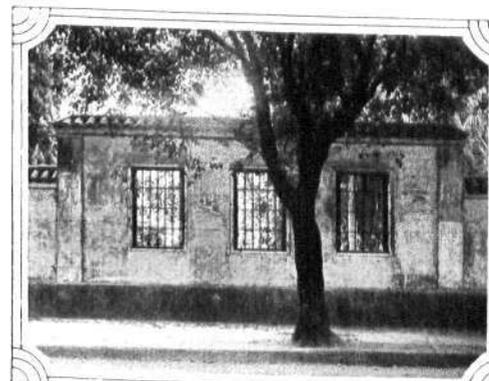
"La Casa Federal" — llamada así por ser roja, — Cuba, 1960.



Antiguo edificio frente a la plaza, donde en la época de Rosas hubo reñidero de gallos.



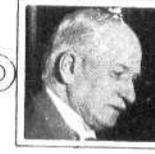
cuya población, en 1870, era mente ha llegado a cien mil.



Las tres ventanitas mágicas de la casa del doctor Enrique Larreta, a través de cuyas rejías se admira el paraíso de las flores.



En el barrio de los teatros, donde las familias de Belgrano pasan momentos de solaz.



Ingeniero Octavio C. Pico.



Doctor Enrique Larreta.



Doctor José P. Tamborini.



Doctor Eusebio Gómez.



Monseñor Dionisio R. Napal.



Félix Lima.



Mariano Gradín.



Doctor Carlos Delcasse.



Carlos Varanget.



Doctor Fernando Pérez.



Doctor Felipe Yofre.



Manuel Bilbao (hijo).



Enrique W. Burgos.



Ambrosio J. Maggio.



Adolfo Calvete.